

DIARIO DE MURCIA.

PERIODICO DE TODO.

MENOS POLITICA Y RELIGION.

Sale todos los dias, ecepto los Lunes.—Se suscribe en Murcia, en la libreria de Carles Palacios á 6 rs. cada mes y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por línea.

Ideas que tienen diferentes pueblos sobre la hermosura.

Los antiguos peruanos se arrancaban la barba con el mayor cuidado.—Los hunos se quemaban ó cortaban la piel del rostro á fin de que cicatrizado no naciera la barba.—Aulogelio habla de un pueblo que no permitia que los hombres acusados de algunos delitos se afeitasen hasta haberse justificado.—La mayor injuria que puede hacerse á los indios de Quito es cortarles el cabello.—Las groenlandesas, á no estar de luto ó haber renunciado al matrimonio, tienen á gran deshonra el no tener el cabello largo.—Los antiguos galos gustaban mucho de una gran cabellera, y la daban de encarnado con cierta pomada.—Los germanos ponian blan-

dos sus cabellos con un jabon compuesto de sebo de cabras y de cenizas de haya.—La cabellera fué en otro tiempo señal de un hombre libre, de los reyes y de las personas de alta dignidad. Clodion se llama en la historia cabelludo, título honorífico que se dió á Numa el legislador de los romanos. Algunos pueblos acostumbran rapar la cabeza á aquellos que pierden la libertad civil.—Las mugeres de las islas Marianas blanquean sus cabellos con aguas preparadas.—Josefo dice que las judias se ponian en el pelo polvo de oro.—Los baldivos se los cortan cada ocho dias hasta que están perfectamente negros.—Loyer vió á un rey de Issini que tenia su barba dividida en veinte y cinco pequeños bucles, y en ellos sesenta piedras preciosas.—Las mu-

geres de la Florida se dan en lo interior y alrededor de los ojos con mina de plomo, y las griegas y romanas se los bruñian.—Las turcas para tenerlos mas negros les dan con humo de plomo con una punta de oro ó de plata mojada en saliva.—En la China se aprecian los ojos pequeños, y las mugeres hacen cuanto pueden para que no crezcan: las doncellas tiran continuamente de los párpados para tenerlos pequeños y largos. En este pais tambien se tiene por una hermosura el pie chico.—A nosotros nos parece disforme un rostro sin cejas, y sin embargo las negras de sierra Leona, las mugeres de la isla Nicobar, las de varios paises de Asia, las del Brasil, las antiguas moscovitas y japonesas de la provincia de Fisen se las arrancan des-

POLEMIKA.

La piedra de toque,

POR
Estevan Enauil.

(Continuacion.)

—Cómo! Madama Davenel se vé obligada á vender ese pequeño castillo que tan apreciable le era?

—Qué quereis? la señorita Davenel es la misma honradez. Su marido le ha dejado cinco mil libras de pensiones vitalicias que ha de pagar precisamente, y antes se quedará sin comer, que fallar á ello.

La voz de Ducoudrais parecia alterarse

por la emocion.

—Ah! verdaderamente, dijo Desmarest con calor, es tan noble como hermosa.

—Con que juzgad, replicó Ducoudrais: Trois-Fontaines no produce casi el dos y medio por ciento. Contamos vender esta propiedad en noventa y cinco mil francos. Invertiremos esta suma en inscripciones sobre el estado, lo que nos dará, sin duda un producto de cuatro mil francos. Vendremos tambien el rico mueblage de la Chausseé-d' Antin, y este pico acabará de cubrir nuestra obligacion; despues entregaremos los títulos á un notario el cual se encargará de pagar las pensiones vitalicias. Tal es la orden que he recibido de Madama Davenel.

—Pero entonces qué le queda? exclamó

Desmarest con un sentimiento de sincera piedad.

—Sus diamantes, que valdrán lo menos cuarenta mil francos.

—Con que se verá reducida á una renta de quinientas ó seiscientas libras despues de haber poseido mas de un millon? Pobre muger!!

—Á menos que, poseido de sus virtudes y sus desgracias, algun personaje...

Desmarest se levantó ó interrumpió á Ducoudrais:

Ah! dijo, cuanto me acabais de decir me entristece en alto grado.

—Lo creo, dijo Ducoudrais, con perfecta bondad; no es para menos.

—Pero volvamos al objeto de mi venida. La propiedad de que me habeis ha-

